

REAL
ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

Colección
M^{ra} Teresa
García Moreno
Serie Catálogos
Nº 5

GINÉS LIÉBANA, 100 AÑOS DE CREACIÓN (1921 - 2021)

GINÉS LIÉBANA

100 AÑOS
DE CREACIÓN
(1921 - 2021)



2021

GINÉS LIÉBANA, CIEN AÑOS DE CREACIÓN

EDICIÓN AL CUIDADO DE MIGUEL CLEMENTSON LOPE



Edita

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

Dirección y coordinación

Miguel Clementson Lope

Textos

José Cosano Moyano	Raúl del Pozo	Rosa Luque
AAVV	Bartolomé Delgado Cerrillo	Jacinto Mañas
Ángel Aroca	Dicc. <i>Larousse</i> de la Pintura	Fernando Martín
Alfredo Asensi	Bernd Dietz	Ricardo Molina
Julio Aumente	Luis Figuerola Ferreti	Francisco Nieva
Juan Bernier	Manuel Gahete	Vicente Núñez
Jesús Cabrera	Antonio Gala	Ana Palacio
Carmelo Casaño	Pablo García Baena	José M. ^a Palencia Cerezo
Juana Castro	José Luis González Cobelo	José Ant. Ponferrada Cerezo
Carlos Clementson	César González Ruano	José María Prieto
Miguel Clementson Lope	José Hierro	Francisco Umbral
José de Miguel	Joaquín Lobato	Mercedes Valverde Candil
Carlos Edmundo de Ory	Mario López	Francisco Zueras
Luis Antonio de Villena	Roberto Loya	Ginés Liébana

Documentación técnica, bibliográfica y fotográfica

M. Clementson

Diseño gráfico y maquetación

M. Clementson, José Manuel Nieto Rosa

Edición fotográfica y fotografía

Francisco J. Segura Castellanos, M. Clementson, Mateo Liébana, Rafael Inglada, José M. de la Fuente, Piedad Aroca, José Jiménez Poyato, Ángeles Clementson Lope, e imágenes del archivo personal del artista

© De los textos

los respectivos autores

© De las fotografías

los respectivos autores

Especial gratitud y reconocimiento a

Diputación de Córdoba	Rafael Inglada
Escuela de Arte « <i>Mateo Inurria</i> »	Mario Galán
Ayuntamiento de Villa del Río	José Manuel de la Fuente
Museo Prov. de Bellas Artes de Córdoba	Ángeles Clementson Lope
Mateo Liébana	

Impresión

Litopress (Avda. República Argentina, 22. Telf. 957 23 57 02, email: edicioneslitopress.com)

ISBN 978-84-123535-9-4 Dep. legal CO 551-2021

EL UNIVERSO LIÉBANA

Jesús Cabrera

Buscar una lógica al universo de Ginés Liébana es una empresa de titanes. Un cuadro, un dibujo o un texto de este genial creador tienen la clave pero no la desvelan; es más, la acrecientan. El propio Liébana —el de antes, el de ahora, el de siempre— es la respuesta a la sorpresa, a la emoción, al escalofrío que transmite su obra. Y así se cierra el círculo.

¿Dónde está, por tanto, la explicación a todo esto? Por una parte en la ciudad en la que se hace artista, Córdoba, y de otra en el mismo creador que absorbe lo que nadie percibe de una ciudad que, como la buena lluvia, cala hasta los huesos. Ginés se enamora de ella, se pelea, se vuelve a reconciliar, la mira con distancia, pero nunca la desdeña. Siempre la tiene presente, desde una arista o desde otra, porque sabe que nunca defrauda.

Liébana abre los ojos a la vida en plena devoción por el absurdo. Son los años en los que Gómez de la Serna oficia una liturgia que es realidad viva en el entorno del niño Ginés. Son las corridas de toros improvisadas con cuatro carros en la plaza del pueblo, la semana Santa en la que el ingenio suplía al arte. “*En Valenzuela sólo había tabernas y entierros*”, describe para explicar que “*la gente inventa cuando no tiene dinero*” y sin saberlo está desarrollando un programa estético que alcanzará la cumbre cuando “*lo dramático se convierta en festín*”. El dolor del sepelio de flores contrahechas ahogado en aguardiente y la dignidad del borracho que llega erguido a su casa y se desploma en el portal porque no puede fingir más.

Este ámbito en el que se desenvuelve Liébana oscila entre lo rabiosamente popular y lo refinadamente culto, entre las exclamaciones salidas del alma de la chacha Clementina y la poesía de Góngora o de Juan Ramón. Ginés disfruta —y aprende— tanto en la bulla de una procesión como ante un Juan de Flandes. Es el momento de la nueva sociedad que se despereza del aburrimiento decimonónico y busca el trueque de una dama de Madrid por una joven de Rafael de Penagos.

Pero el artista campa a sus anchas en una Córdoba que se le ofrece lujuriosa. Juaga con ventaja, porque se define a sí mismo como el cateto que descubría todo frente a los elegantes cordobeses que vivían en el ensimismamiento permanente, ajenos a lo que se cocía a su alrededor. Ginés lo mismo podía revolucionar a sus compañeros de clase en *Cultura Española* que quedar arrobado ante los ángeles lampadarios de la Iglesia de la Trinidad. Sentado en un banco veía cómo sus alas se desplegaban irisadas y sus grandes bocas quedaban flotando en una atmósfera que mezclaba el olor del incienso con el de la cera recién apagada y los alhelíos que se mustiaban fragantes junto al Santísimo. Estos ángeles fueron incorporados inmediatamente al bagaje liebanita y desde entonces los reconocemos como banderilleros, futbolistas, jinetes o motoristas. Es la inculturación de lo divino.

Después vendría *Cántico*, la hazaña de la isla independiente, y también los viajes por medio mundo, donde lo mismo hacía de embajador de Córdoba que de cosario para regresar con su sempiterno macuto cargado de sensualidad brasileña, refinamiento veneciano o vacunado contra la indiferencia parisina. Éste es el momento del Liébana total, del que abre su corte en Madrid como escuela de lo diferente, de lo inimitable, de lo siempre presente y nunca advertido.

Las influencias que se advierten en la obra de Ginés Liébana, son diversas, provenientes de todo tiempo y lugar, sin más nexo que su inquietud por aprender cuanto es bello, coherente y decisivo. Esta voluntad, mantenida a lo largo de toda la vida —algo infrecuente en muchos artistas— no lo abocó a la necesidad de sacarse el carnet de una corriente concreta, de militar en un movimiento estético en el que no tenían cabida ni la vivencia de una calle en silencio, ni la profunda conversación de dos parroquianos en una taberna, ni la exuberancia de una iglesia barroca, ni la perfección de un verso de Góngora, ni la sensualidad de un baile en Brasil, ni la abrumadora rotundidad de un museo —cualquiera— de Roma. Todo esto, tamizado, sedimentado y fraguado, está presente en cualquier cuadro, cualquier dibujo, cualquier verso de Liébana.



G. LIÉBANA, *La profusión viene a vender lo que le sobra* (1987), óleo / tabla, 27 x 33 cm.

Lo que no sea buscado aflora con naturalidad. El proceso creativo, que jamás fue considerado como un trabajo sino como una forma de expresión más, adquiere nuevas texturas y se enriquece hasta con lo más insignificante. Las reglas del juego siempre fueron para Liébana tan claras como saber que tenía que actuar en consecuencia y con sobriedad. En este estado llegó el momento de cruzarse con Salvador Dalí. Era 1972 y el pintor catalán

tenía el cetro del absurdo, algo que ya le era muy familiar a Ginés. Del encuentro quedó una fotografía y un autógrafo del de Cadaqués al "*más moderno y moderno monárquico español*", que ahora se conserva en un lugar casi secreto y que en el fondo es también una obra de arte. Absurda, por supuesto.

Villa del Río, marzo – 2011



ccbo



REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA



Diputación
de Córdoba